

# Oración de consagración

**¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco todo a ti y, en prueba de mi filial afecto, te consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo tuyo, oh, Madre de bondad, guárdame, defiéndeme y utilízame como instrumento y posesión tuya.**

Amén.

A través de la Alianza de Amor con María nosotras nos consagramos a Ella. Pero... ¿qué significa consagrar? **Consagrar** significa hacer a algo sagrado, es decir, hacerlo propiedad de Dios. Si nos consagramos a María le estamos diciendo "yo soy tuya". Es decir "quiero pertenecerte", "quiero caminar con vos", "quiero confiarte mi vida". Le pedimos que nos ayude a acercarnos más a Jesús. Es como tomar la mano de una Madre para aprender a vivir como hijos de Dios. Por eso, en la oración de consagración le entregamos cada parte de nuestro cuerpo y así también toda nuestra alma. Mis ojos, mis oídos, mi lengua y mi corazón. Ella así puede llevarme de la mano y educarme para que, con mi propia originalidad, sea un pequeño reflejo suyo.

## Los ojos de María

¿Cómo es la mirada de la Virgen? Sus ojos son ojos limpios, atentos y llenos de amor. Ella podía ver más allá de la superficie y mirar a cada persona con ternura, sin juzgar ni burlarse, sin dejar a nadie de lado. Sus ojos saben descubrir lo bueno en los demás, incluso cuando otros no lo ven. María también tiene ojos que saben mirar en profundidad: no se queda solamente con lo exterior, sino que mira el corazón. Ella supo mirar las necesidades de los demás en las bodas de Caná, cuando vio que faltaba vino antes de que alguien se lo dijera. Sus ojos estaban atentos porque su corazón estaba lleno de amor.

Pero ahora nos preguntamos: ¿Cómo son mis ojos? Porque mis ojos están llamados a ser como los de Ella. Eso significa aprender a mirar con cariño a mi familia, a mis amigas, a quien está solo o triste. Significa también cuidar lo que miro: las cosas que veo en el celular, en internet, en redes, en televisión. Todo eso entra por mis ojos y llega a mi corazón. ¿Cómo nos sentimos después de mirar mucho tiempo un lindo atardecer o un paisaje pacífico? ¿Cómo nos podemos sentir después de usar mucho el celular?



A veces nuestros ojos pueden acostumbrarse a comparar, criticar o reírse de otros. María quiere enseñarme a tener una mirada más pura y más buena.

- ¿Qué cosas miro durante el día?
- ¿Mis ojos ayudan a incluir o a excluir?
- ¿Cómo miro a las personas que me caen mal?
- ¿Qué cosas debería dejar de mirar para cuidar mi corazón?

**Madre**, enséñame a mirar como mirás Vos.

Con una mirada que no juzga,  
que no se queda en las apariencias,  
que sabe descubrir lo bueno en cada corazón.

Tus ojos, María, ven al que está solo,  
al que necesita ayuda, al que nadie mira.

Y en silencio, siempre acercan amor.

Quiero que mis ojos se parezcan a los tuyos.

Que sepan mirar con ternura a mi familia,

con paciencia a mis amigas,

con respeto a cada persona.

Ayúdame a apartar mi mirada  
de todo aquello que ensucia el corazón,

de las burlas, las comparaciones  
y las cosas que me alejan de Dios.

Madre, que mis ojos aprendan a descubrir a Jesús  
en las pequeñas cosas de cada día:

en una sonrisa, en un abrazo,

en alguien que necesita compañía,

en la belleza de la creación

y en el amor que Vos me regalás siempre.

Y cuando me sienta triste o perdida,

dejame encontrar paz en tu mirada de Madre,

esa mirada que abraza, protege

y me recuerda que nunca estoy sola.

Amén.



## Los oídos de María

Los oídos de María son oídos abiertos a Dios y a los demás. Ella sabe escuchar de verdad. Escucha con paciencia, sin interrumpir, sin pensar solamente en lo que ella quiere decir después.

María escuchó al ángel cuando Dios le habló y también escuchó el dolor, la alegría y las necesidades de las personas que la rodeaban. Sus oídos estaban atentos porque ella tenía un corazón humilde.

Mis oídos también están llamados a parecerse a los de María. Estoy llamada a aprender a escuchar más y hablar menos. Escuchar a mis papás cuando me corrigen, a mis amigas cuando están mal, a mis catequistas, a las personas mayores.

También significa cuidar lo que dejo entrar por mis oídos. Hay palabras, canciones o conversaciones que pueden hacerme bien, pero otras pueden llenarme de críticas, burlas o tristeza.

María quiere enseñarme a escuchar aquello que me acerca más a Dios y a los demás.

- ¿Qué cosas dejo entrar en mi corazón por medio de mis oídos?
- ¿Escucho solamente lo que me gusta?
- ¿Me animo a escuchar a Dios en la oración y en el silencio?
- ¿Cómo escucho a mis papás?

## La boca de María

La boca de María habla con dulzura, verdad y amor. Ella usa sus palabras para hacer el bien, para animar, para acompañar y para acercar a los demás a Dios. Nunca usa su lengua para humillar, burlarse o herir.

Cuando María habla, sus palabras transmiten paz. Incluso en los momentos difíciles, ella confía y bendice a Dios. Mi boca también está llamada a parecerse a la de María. Las palabras tienen mucha fuerza: pueden alegrar mucho a alguien o lastimarlo profundamente. María quiere enseñarme a hablar con respeto, a decir la verdad, a pedir perdón cuando me equivoco y a agradecer más. También quiere enseñarme a no hablar mal de otros, no participar de chismes ni burlas, y a usar mis palabras para defender a quien está solo o triste.

- ¿Cómo hablo en mi casa?
- ¿Mis palabras ayudan o lastiman?
- ¿Me cuesta pedir perdón?
- ¿Uso mis palabras para incluir o para dejar afuera?



**Señor Jesús,**

hoy quiero mirar a María y aprender de ella.

Quiero tener unos oídos como los suyos:

oídos abiertos a Dios y a los demás,  
capaces de escuchar con paciencia, con atención y con amor.

Madre María, enseñame a escuchar de verdad.

A escuchar a mis papás cuando me corrigen,  
a mis amigas cuando necesitan ser acompañadas,  
a quienes tienen algo importante para decirme.

Ayúdame también a cuidar aquello que dejo entrar en mi corazón:  
las palabras, las canciones, las conversaciones y todo lo que escucho  
cada día.

Que mis oídos sepan reconocer aquello que me acerca más a Dios,  
a la verdad y al amor.

También quiero parecerme a vos en mi manera de hablar.

Que mi boca no hiera ni humille,  
que no participe de burlas ni chismes,  
sino que mis palabras sepan llevar paz, alegría y esperanza.

Enseñame a decir la verdad con dulzura,  
a pedir perdón cuando me equivoco,  
a agradecer más y a defender a quien está solo o triste.

Madre, ayúdame a escuchar a Dios en el silencio y en la oración,  
para que mi corazón sea cada día más parecido al tuyo.

Que todo lo que escuche y todo lo que diga  
me acerque más a Jesús y a los demás.

Amén.



# El corazón de María

El corazón de María era un corazón puro, sencillo, valiente y lleno de amor. Era un corazón que confiaba en Dios incluso cuando no entendía todo. María también sintió miedo, dolor y preocupación, pero nunca dejó de confiar en el amor de Dios. Su corazón siempre tuvo lugar para los demás: para acompañar, ayudar, servir y consolar. Por eso, Ella quiere formar mi corazón semejante al suyo.

María quiere enseñarme a tener un corazón más bueno, más generoso y más libre. Un corazón que no viva solamente pensando en sí mismo, sino que aprenda a amar de verdad. A veces nuestro corazón se llena de enojo, celos, comparaciones, caprichos o tristeza. Pero María no se cansa de educar nuestro corazón para que se parezca cada vez más al de Jesús. Ella quiere enseñarme a perdonar, a volver a empezar, a confiar, a rezar y a amar incluso en las cosas pequeñas de cada día.

- ¿Qué cosas llenan hoy mi corazón?
- ¿Me cuesta perdonar?
- ¿Soy agradecida?
- ¿Pienso solamente en mí o también en los demás?
- ¿Qué lugar tiene Dios en mi corazón?
- ¿Qué parte de mi corazón quiero entregarle hoy a la Mater?



**Madre,**

hoy quiero acercarme a tu corazón  
y aprender a amar como vos amás.

Tu corazón fue puro, sencillo y valiente.

Confiaste en Dios incluso en los momentos difíciles,  
cuando no entendías todo lo que pasaba  
o cuando el dolor tocaba tu vida.

Y aun así, nunca dejaste de amar.

María, enseñame a tener un corazón semejante al tuyo:

un corazón bueno y generoso,  
capaz de pensar en los demás,  
de acompañar, ayudar y consolar.

No permitas que mi corazón se cierre  
en el egoísmo, los celos, el enojo o las comparaciones.

Madre, vos conocés mis luchas,  
mis tristezas, mis miedos y mis heridas.

Tomá mi corazón entre tus manos

y educalo poco a poco para que se parezca más al de Jesús.

Enseñame a perdonar cuando me cuesta,  
a volver a empezar cuando me equivoco,

a confiar más en Dios,  
a rezar con sencillez

y a amar en las cosas pequeñas de cada día.

Que mi corazón tenga siempre lugar para Dios y para los demás.

Y que, como vos, pueda vivir con alegría, humildad y amor.

Amén.

